



Erasmio Zarzuela: "Pepino"

## Premios literarios

Es muy probable que los premios literarios hayan sido creados por algún demiurgo sarcástico para subrayar la carcajada con que el tiempo se venga de las certidumbres. En todo caso, los premios sirven para otear desde ellos el panorama, y, avergonzado, uno se pregunta cómo es posible que, lo que hoy parece tan evidente, ayer pudo parecer siquiera dudoso. Ejemplar en cambios de perspectiva dentro de la literatura latinoamericana fue el concurso internacional de 1941, al que se presentaron el peruano Ciro Alegría y el Uruguayo Juan Carlos Onetti, ambos de 1909. El peruano se llevó el premio, con gran tralalá de declaraciones, penpos de conferenciantes intercontinentales y el baneplácito general para la nueva novela latinoamericana, que no temía examinar la realidad vernácula y denunciar errores y crueldades. Pero nuestra literatura, por ansiosa, por vital, por atropellada, es riquísima en omisiones, en escamoteos, en aparecidos y desaparecidos, en terremotos que bruscamente alteran la perspectiva: como resultado de una de estas catástrofes, el polvo ha ido cubriendo a Ciro Alegría hasta casi sepultar al vencedor, mientras Onetti, actual, flamante, sale tardamente del territorio silencioso donde estuvo incubando los doce libros de ficción que constituyen su obra, para avanzar a alinearse junto a sus compañeros de generación, Cortázar, Lezama Lima, Rulfo, Sábato

José Donoso en *Prólogo a El Astillero*.



el duende  
director: luis urquileta m.  
consejo editor: alberto guerra g.  
edwin guzmán o.  
benjamín chávez c.  
erasmo zarzuela c.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david ángel illanes  
castilla 448 teléf. 5276816-5288500  
e-mail: duendejulia@hotmail.com

## En Duda

Sin respuesta me dejas  
Preguntas qué no hice  
así me dices  
que dudando estás.

Cayendo deesepero  
me pregunto  
¿me quieres? ¿la quiero?  
y sin palabras  
termino sin razón

¿Y cómo lo haré?  
¿caminando, corriendo?  
¿deshaciéndome? ¿no siendo yo?  
Y si me acerco, ¿te tendré?

Mis labios se cierran  
mi pensar se nubla  
mi corazón se vierte.  
Infinita agonía  
no me mires así  
si ya no tienes palabras para mí  
¿por qué tu cuerpo febril?

Juan Pablo Espinoza Oruro



## Esquina.

La vi por vez primera en la banca del jardín de la plaza principal. Ella entre las flores, ella un jazmín. Mujer de belleza reluciente como cristal, dulce y tentadora como la vida. Me acarqué para conquistarla. ¿Y si me rechazaba? Al final, le robé un beso, despertaron mis versos de amor, comencé a vivir.

De ahí me propuse cuidarla. Era delicada. Dios y el destino me habían premiado. Ella era mía, era mi vida, mi leche, mi almohada. Desnudos bajo la luna nuestros cuerpos nacían como nace el día. A las estrellas pedimos deseos, nos juramos amor eterno.

Un amanecer cuando se veía más bella que nunca, se alejó de mí diciéndome "Sólo un momento". Esperé mientras el tiempo eterno me enseñaba mil maneras de necesitarla. Tardaba demasiado. Fui a buscarla y nada. Desesperado de tanto andar al fin la encontré en el recodo de una esquina. ¿Por qué estaría allí tan sola? ¿Por qué lloraba con la mirada perdida?

No podía comprender. Quise acercarme, ayudarla, pero invadido por un temor desconocido quede atónico. Era como si nuestros espacios fueran paralelos. No había posibilidad de alcanzarla. Entonces me limité a verla, luego di la vuelta y regresé quién sabe a dónde bajando la mirada.

Al otro día, llena y sonriente, al verme corrió a mis brazos. Un dulce "Te quiero" desarmó mi curiosidad. "Te adoro mi amor" respondí. Por qué preguntar en el dolor mutuo.

Luego de horas, días y meses, ráfagas para nuestro amor, me convencí que sus lágrimas eran una forma de atrancarse las penas. Ella con huidas repentinas. Yo de espía en el recodo de la esquina.

Pero un día, aquel que sería el último de mi vida, cuando fui a espiarla ella no estaba sola. Los seguí. Sabía lo que pasaba. ¿Quién era? ¿Por qué nunca podía verla la cara? Ambos se entregaban y, a pesar de mis pasos y mi pena, frente a mis ojos desaparecían.

Esperé. Tenía que hablar con ella. Lo pediría fuera sincera. No vino, y no vino hasta que su presencia se volvió recuerdo. La busqué siquiera para mirarla. Sabía que la había perdido. La busqué entorpecido, convencido que volvería desde el recodo de aquella esquina.

No vuelve. Ya no siento su mirada ni su grito cuando era mía. Tampoco veo caer sus lágrimas, y las flores del jardín están marchitas. Escucho a la gente murmurar que ella nunca amaba en luna llena. Era mi estrella. Invocabas el cielo y ella aparecías. No vuelve y la quiero, por eso aún la espero entre huesos y huesos verticos en el recodo de aquella trágica esquina.

David Zepeda Oruro